

Una experiencia literaria compartida en un pueblo español

MICHÈLE PETIT¹

*Antropóloga, Laboratorio LADYSS (Dinámicas sociales y recomposición de espacios), CNRS/Universidad de París I. 191, rue Saint-Jacques, 75000 París, Francia.
petitmic@univ-paris1.fr*

Antes que nada, permítanme agradecer profundamente al Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas de la UNAM por haberme invitado a participar en este Seminario de lectura. Mi agradecimiento está dirigido, muy en especial, a Elsa Ramírez por su constante confianza, ya que ésta es la segunda vez que me da el gran gusto y el privilegio de presentar aquí mi trabajo.

Cuando Elsa me dijo que estos días estarían dedicados a las prácticas sociales de lectura, y a experiencias que han intentado transmitir el gusto por la lectura a aquéllas y aquéllos que no tuvieron, o tuvieron poco, acceso a los libros, pensé enseguida en una experiencia literaria compartida vivida en un pueblo español, que estudié un poco, pues su calidad me había impresionado. Me ha parecido apropiado mencionarla aquí, puesto que actualmente, tanto en España como en

1 Agradezco también muy profundamente a Mercedes Caballud y a Carmen Carramiñana, al igual que a los y a las participantes de “Leer juntos”, por haberme enviado los documentos que me permitieron redactar este texto y por haber dado tanto de su tiempo para responder a mis preguntas. Presenté “Leer juntos” por primera vez durante las Jornadas de Estudios franco-helénicos “ Numerización, vínculo social, lecturas ”, organizadas por la Universidad de Creta, Rethymnon (Grecia), los 3-5 de junio del 2004.

América Latina, observamos un gran desarrollo o una renovación de las formas de sociabilidad que se dan en torno al libro, en donde las bibliotecas juegan un papel clave. Por ejemplo, Rocío del Pilar Correa nos comentó algo anteaer sobre unos clubes de lectores adolescentes aquí en México. Otro ejemplo, en Colombia, el desarrollo de las “tertulias”, parece sorprendente: 481 tertulias procedentes de todo el país se presentaron recientemente a recoger un premio que recompensó a cien de ellas. Esto se inscribía en un proyecto apoyado por la Secretaría de Cultura, Fundalectura y la empresa Philip Morris Colombia S.A., fundado en la idea de “recuperar la conversación como una de las herramientas más poderosas para promover la lectura”.

Sin embargo, previamente a esa presentación de la experiencia española, y a petición de Elsa, quisiera dedicar un momento para hablar de mi manera de hacer una investigación, del enfoque que privilegio.

PENSAR NO SE REDUCE A TÉCNICAS DE CAPTACIÓN

Incluso antes de trabajar en la lectura siempre me fue difícil dissociar la realidad social de los “seres particulares e inteligentes” --para hablar como Montesquieu-, que lo conforman. Claro está que no es un dogma, un rechazo o una falta de interés para los enfoques “macro” o los métodos cuantitativos. Los enfoques con diferentes lentes se complementan y se enriquecen. Unos son más adecuados que otros según las preguntas planteadas o los tiempos de la investigación, y también el temperamento del investigador tiene que ver mi manera de actuar, con la que me muevo con más habilidad en mi trabajo, es el enfoque fino, en el que se está atento a las singularidades, conociendo bien el contexto, por supuesto. Me interesa la manera en que cada uno es el artesano de su propia vida, aun cuando al mismo tiempo sea el objeto de pesados determinismos familiares y sociales. Y evidentemente, eso está ligado al hecho de que mi formación, personal e intelectual, ha sido marcada profundamente por el encuentro con el psicoanálisis.

Durante toda una época este tipo de enfoque era considerado como absolutamente herético en ciencias sociales. Cuando empecé a

trabajar en el Centro Nacional de la Investigación Científica, en París, durante los años 70, era prácticamente obsceno hablar de singularidad y de subjetividad. Después, a partir de los años 80, se produjo todo ese movimiento calificado de “regreso del sujeto”, “reintroducción del actor”, “regreso de la biografía”, “microhistoria”, etcétera, que reevaluaba la acción individual. Más allá de la etnografía, las encuestas cualitativas sobre los hechos y gestos, los modos de vida, aunque también sobre las representaciones (de las cuales hablamos ayer), el sentido que se les da a las prácticas, los itinerarios singulares, fueron agregándose poco a poco a las encuestas estadísticas, matizando sus resultados y haciendo que surgieran nuevas preguntas y que se renovaran las problemáticas.²

En esos años 80, yo trabajaba en algo diferente a la lectura, en la diáspora china hacia ciertos países de Asia. No obstante, ya le daba un lugar grande a la entrevista, a la recolección y al análisis de los relatos de vida, que relacionaba con otros datos. Más que la “reproducción” social y la lógica de los sistemas, me interesaban la inventiva, las artimañas, los desvíos, los márgenes de maniobra, todo lo que permitía una cierta reorganización de los posibles, a pesar de las adversidades y de las asignaciones. Y me parecía crucial tomar en cuenta la dimensión simbólica, el lenguaje. La experiencia del psicoanálisis me había hecho comprender a qué punto el lenguaje nos constituye. Me había enseñado que lo que determina la vida de los seres humanos es, en gran medida, el peso de las palabras o el peso de su ausencia.

En 1991, cuando empecé a trabajar sobre la lectura, quedé muy sorprendida porque muchos investigadores comprometidos en ese campo parecían desconocer la importancia del lenguaje que, no obstante, se encontraba en el corazón mismo del objeto que los ocupaba. Para

2 Evidentemente, resumo la historia de manera caricatural: para mencionar sólo a ésta, la Escuela de Chicago; desde la época intermedia entre las dos guerras, le había dado yo mucha importancia a la entrevista, a la recopilación de relatos de vida, a la observación fina de las prácticas. En Francia, Jean Malaurie había fundado en 1955 la bella colección “Tierra humana”, rehabilitado la subjetividad, la sensibilidad e instalado los relatos de vida en el corazón de su proyecto (véase Pierre Aurégan, *Des récits et des hommes. Terre humaine: un autre regard sur les sciences de l'homme*, París, Nathan-Plon, 2001.)

ellos, el lenguaje parecía reducirse a un instrumento, a una caja de herramientas, y la desigual habilidad para hacer uso de él auguraba simplemente una posición más o menos prestigiosa en el orden social. En las ciencias sociales, la reevaluación de la dimensión simbólica fue tardía, por lo menos en Francia: por ejemplo, excepto los psicoanalistas, algunos etnólogos o filósofos como Ricoeur,³ pocos investigadores se interesaban en la importancia de los relatos en las sociedades humanas, en la narrativa.

Me embarqué en estas investigaciones sobre la lectura con una referencia teórica: la de Michel de Certeau, un investigador atípico, que trazaba con toda libertad caminos y senderos entre historia, antropología, psicoanálisis, otras disciplinas, y que publicó, en 1980-1982, algunos artículos sobre el tema de la lectura que abrían hacia nuevas vías.⁴

Según él, la lectura era un acto desconocido, y se negaba a asimilarse a una pasividad. “No está de más recordar que no hay que tomar a la gente por idiotas”, decía. Para él, los lectores no eran páginas blancas donde se imprime el texto; la lectura no era una recepción impuesta, con un contenido objetivable. Lo cito: “Que el libro es el educador privilegiado del pueblo, fue la idea central de la Ilustración. El lector pasaba por el efecto del libro. Hoy día el lector se despega de esos libros, de los cuales se suponía que no era más que la sombra proyectada. Y he aquí que la sombra se desliga, toma relieve, adquiere una independencia.”⁵ Michel de Certeau insistía sobre la dimensión activa, la dimensión de apropiación, pues veía en la lectura un viaje, una peregrinación dentro de un sistema impuesto, o incluso una “caza furtiva”.⁶

Establecía la antropología de la lectura en el espacio singular de los lectores reales, en la historia singular de cada uno y cada una,

3 *Cf. Temps et récit*, París, Le Seuil, 1985.

4 Michel de Certeau, “Lire, un braconnage”, en *l'Invention du quotidien I. Arts de faire*, París, 10/18, 1980 (trad. al español: *La invención de lo cotidiano I, Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996). Véase también “La lecture absolue”, in *Problèmes actuels de la lecture*, Lucien Dalhenbach et Jean Ricardou (dir.), Clancier-Guénaud, 1982, p. 65-80.

5 “La lecture absolue”, art. cit., p. 66-67.

6 “Lire: un braconnage”, art. cit.

mientras que la crítica literaria interpretaba “al” lector como un lector abstracto; y el sistema escolar, por su parte, imponía casi siempre, en esa época, una lectura, sin querer saber de los lazos establecidos por los lectores en su lectura subjetiva. Siguiendo los pasos de Certeau, lo que me interesaba era lo que los lectores fabricaban realmente, la manera en que cada uno de nosotros se apropia de los libros, de los bienes o de los lugares culturales, desviando a veces el sentido prescrito o los usos conformes.

Por eso empecé a trabajar sobre la lectura situándome del lado de los lectores, procurando estar atenta a sus maneras singulares de leer, de apropiarse, de representarse un libro, un texto escrito, una biblioteca. Atenta a sus usos cotidianos de la lectura y, más ampliamente, de la cultura.

Esa manera de situarse requería una metodología: el análisis de las experiencias de los lectores y las lectoras, identificadas ante todo gracias a la escucha de esos lectores. Sobra decir que aquí también, la importancia dada a esa escucha era como el eco del psicoanálisis. Lo cual me incitó a hacer un cierto tipo de entrevistas: entrevistas individuales, salvo algunas excepciones, muy libres, muy abiertas, incluso dejando aparecer digresiones imprevistas. Generalmente, las digresiones que no tienen relación aparente con el tema son asociaciones libres que tienen sentido. Y a partir de lo que dicen mis interlocutores, a partir de lo que parece organizar su forma de decir, improviso réplicas, en función de hipótesis que surgen *in situ*, y en las que interviene en parte la intuición. Si bien establezco previamente una guía de entrevista, en la cual enumero los temas que en principio deberían ser tocados, siempre dejo la guía en mi bolsa en el momento de la entrevista. Una entrevista no es un cuestionario.

Es también un asunto de ética, de deontología que se imprime en un determinado tipo de relación. Rechazo la división radical entre un sujeto (el investigador) y un objeto que se vería bajo un microscopio. Me parece que hay una gran violencia en esta objetivación, y que conviene hacer todo lo que se pueda para reducirla. Eso supone que el investigador previamente haya efectuado un trabajo sobre sí mismo: entender que esas cuestiones que someto a los demás, me preocupan a mí misma; yo también trato de comprender mejor, detrás de la supuesta neutralidad de mi objeto de investigación, algo de mí misma. Siempre

es bueno recordar que nuestros trabajos supuestamente científicos no son más que una autobiografía disfrazada.

Por consiguiente, en el centro de mi trabajo se encuentra esa experiencia íntima, singular de los lectores y las lectoras, tal como la entregan a lo largo de una entrevista oral o algunas veces tal como la transponen en un texto escrito; que puede abarcar desde unas cartas, como veremos hoy día, hasta la autobiografía, la autoficción o la ficción.

Gracias a ese enfoque, pude tomar en cuenta cuántos pensamientos, o asociaciones que llegan a los lectores, ciertas sensaciones experimentadas, o lazos escondidos que, a espaldas de las instituciones, anudan. Y eso es lo que me ha permitido una mejor comprensión de lo que está en juego en el encuentro con un libro, y, de manera más amplia, con un objeto cultural o una institución cultural como la biblioteca.

De manera que lo que he podido aprender sobre la lectura y las bibliotecas se lo debo en buena parte a estos lectores y a estos usuarios de las bibliotecas. Son ellos quienes han llamado mi atención sobre algunos puntos, como el rol de la lectura en la construcción de sí mismo. Son ellos, quienes la mayoría de las veces vivían en medios rurales o en barrios urbanos muy pobres, los que me han recordado esas evidencias: hoy en día no leemos para aprobar en la escuela o para brillar en los salones o, al menos esos motivos llegan después de la búsqueda, a lo largo de la vida, de un eco de lo que pasa en uno mismo, de manera indecible, después de la búsqueda de aquello que va a permitir discernir mejor el mundo que está en torno de uno mismo.

En otras palabras: según mi opinión, investigar, pensar, no se reduce a la aplicación de técnicas de captación. Como lo dice Jean Malaurie, “Hay que cruzar las miradas, desde las más fríamente precisas, hasta las más apasionadamente poéticas.”⁷ Sostengo una manera de investigar que, sin abandonar nunca el rigor, le deja su lugar a la sensibilidad, y le pone atención a los rostros de aquéllas y aquéllos que encontramos, a sus palabras, a sus gestos, a sus voces. En esos rostros, en esas voces, aunque también en los paisajes, en el diseño de las calles y en la forma de las casas es en lo que puse atención cuando fui al pueblo de Ballobar, del que voy a hablarles ahora.

7 Citado en Pierre Aurégan, *op. cit.*, p. 26.

HACER QUE UN PUEBLO CALLEJERO LEA

No fue azaroso que haya sido por un correo electrónico que vino de aquí mismo, de México, como me enteré, por primera vez, de Ballobar y del programa “Leer juntos”. Un amigo editor, Daniel Gordin, me decía que desde hacía diez años, en un pueblo de España, se reunían personas para hablar de literatura. Y para celebrar sus diez años de existencia, deseaban que vinieran escritores, editores o investigadores, de México, de Francia y de diferentes regiones de España. Entonces, fui a Ballobar en la primavera del 2003, donde descubrí una de esas experiencias literarias compartidas que, como les comentaba, se desarrollaron mucho en España desde los años noventa.⁸

Según Blanca Calvo, la mayoría de dichos clubes o grupos de lectura españoles tiene cuatro rasgos comunes: se organizan a partir de bibliotecas públicas o con una relación estrecha con éstas; entran en relación con otros grupos del mismo tipo a una escala mucho más grande; poseen un “aspecto gastronómico”, y esencialmente están formados por mujeres de edad media. Todas esas características se encuentran más o menos en “Leer juntos”, el cual presenta, no obstante, rasgos menos comunes, en particular el hecho de relacionar personas de medios sociales muy diferentes, como veremos.

Notemos de paso algunos otros rasgos propios de muchos clubes ibéricos: asociar la lectura con el saber de la casa, tal sería un buen medio de hacer leer a un pueblo callejero como el español. También un buen modo para restablecer a las personas que se encuentren en un momento delicado de su vida y que parecen ser numerosos en esos clubes⁹ (y aquí encontramos la temática de la lectura en momentos de crisis que debatimos la semana pasada en el seminario organizado en el marco de la FILIJ). De manera similar, sería una buena manera de integrar a una parte de los inmigrantes, ya que la participación de

8 Cf. Blanca Calvo, Clubes de lectura en las bibliotecas españolas (puede consultarse en travesia.mcu.es/documentos/seminario_h_b/11blancacalvo.pdf)

El País dedicó en julio del 2000, un suplemento de nueve páginas a los clubes de lectura.

9 “Primer encuentro de clubes de lectura”, en *Educación y biblioteca*, 113, 2000, p. 12.

latinoamericanos aumenta muy rápidamente en ciertos clubes;¹⁰ esto en relación con una inmigración creciente.

Por su actualidad sentí el deseo de presentar la experiencia de “Leer juntos” aunque, propiamente dicho, no cuento con los resultados de una investigación, se trata, mas bien de un material recolectado de manera un tanto particular, que debería ser complementado por un trabajo de campo. De hecho, lo que tengo es una observación participante en las condiciones muy particulares de la celebración de ese aniversario, un cierto número de documentos que me dirigieron, a petición mía, las coordinadoras del grupo y, finalmente, cartas que solicité, escritas por participantes que encontré durante mi visita. Unas diez de ellas me escribieron para compartirme sus experiencias. Después de leer ese material procedí a hacer un intercambio de preguntas y respuestas con las coordinadoras.

¿DOS MUJERES Y UN PUEBLO “ORDINARIO”?

Ballobar es un pueblo de mil habitantes, sin ninguna característica particular a primera vista. Se ubica en un marco natural fuerte, entre un río que atraviesa un puente medieval y una montaña, en el este de Aragón, que es una de las regiones menos pobladas de España, a 18 kilómetros de la pequeña ciudad de Fraga y a unos 160 kilómetros de Barcelona. Ballobar vive de la agricultura y de la cría de ganado mientras que algunos de sus hombres también se emplean en una empresa agroalimentaria cercana. Es un pueblo tranquilo, con poca gente en las calles, dos o tres cafés (uno con un salón equipado con computadoras) y algunos comercios comunes, entre los cuales hay una panadería con una pancarta debajo de los *croissants* que sorprende: “En esta panadería, se intercambian libros de “Leer juntos”. Más lejos, una carnicería: la carnicera, Alegría, es uno de los miembros más activos¹¹

10 “Los clubes de lectura”, en *Educación y biblioteca*, 133, 2003, p. 51.

11 Aunque las coordinadoras se opondrían a un término como éste y pondrían al frente el hecho de que se trata de un proyecto *colectivo*. Claro está que los miembros que son más “activos” que otros pueden variar con el transcurrir del tiempo.

del grupo, que cuenta con dos profesoras, una bibliotecaria y una agricultora.

Leer juntos nació del encuentro de esas dos mujeres profesoras, Mercedes Caballud y Carmen Carramiñana, quienes aún actualmente son sus coordinadoras. Una nació en la región de Zaragoza, y la otra en Castilla, y ambas crecieron en familias en las que existía una fuerte relación con la lectura:

“Mis padres y mi hermano eran muy lectores (aunque no muy exquisitos), escribe Mercedes. Nos peleábamos por coger las revistas cuando llegaban y yo siempre leí lo que mi hermano se compraba. Desde los diez años quería estudiar lengua y literatura cuando fuera mayor.”

Y Carmen:

“No hace mucho mi madre me contaba que mi padre (que murió cuando yo tenía cuatro años) cuando iba al campo con las ovejas (durante muchos años fue pastor en su pequeño pueblo de Soria) se llevaba los pocos libros de los que antes de la guerra española del 36 se podían encontrar en un pueblo de Soria que no contaría con más de 300 habitantes. Y que se sentaba a la sombra de un árbol y leía, leía...”

El gusto por los libros lo retomó la hermana mayor, que arrullaba a Carmen cuando era pequeña:

“La lectura y la pasión por escuchar estaban siempre ligadas a mi hermana que se ocupaba mucho de mí cuando era pequeña y me cantaba y me contaba.”

Al igual que los hombres que comparten sus vidas, Mercedes y Carmen también tienen en común el gusto por el compromiso:

“Sin haber militado en ningún partido, estuve siempre en la izquierda, con Ramiro, aunque yo sintonicé más con grupos anarquistas en Barcelona en mi juventud y él es marxista libertario o algo parecido. He sentido siempre el compromiso social en la difusión de la cultura y del espíritu crítico.” (Mercedes).

En cuanto a la pareja de Carmen, quien enseña como ella, coordina un programa provincial de ayuda para los inmigrantes.

Las prácticas sociales de lectura...

Esas dos mujeres cuentan con esos recursos subjetivos que los investigadores no han tomado mucho en cuenta hasta ahora: son entusiastas, saben alentar e infundir confianza, tienen humor y una vitalidad poco común, y están muy lejos de la pedantería.

A principios de los años noventa, tenían inquietudes relativas al ejercicio de su profesión:

“Como muchos otros profesores, las coordinadoras de Leer juntos fuimos hijas del formalismo y estructuralismo que proponían la literariedad del texto como objeto de análisis (...). Durante mucho tiempo creímos que enseñar literatura, lengua, lectura, pasaba por aquellos minuciosos *Comentarios de Textos Literarios*, bastante aislados del mundo y de la vida en los que el poema o el párrafo de novela se constituían en islas especiales, bocados artísticos exquisitos en sí mismos y que en sí mismos tenían su razón de ser.”¹² (Mercedes).

La realidad las había atrapado: el interés de los alumnos por la lectura dejaba mucho que desear. Ellas comenzaron a preguntarse sobre las causas de ese desamor después de los primeros años de escolaridad durante los cuales los niños se entusiasmaban por los libros. Mercedes se interrogaba sobre el entorno de los chicos: ¿acaso veían leer a sus maestros? ¿Sus familias les transmitían el deseo de leer?¹³ Según ella, era necesario “dar un contexto cultural al asunto de la lectura.”

De ahí la idea, que sigue aún en el corazón del proyecto, de crear un espacio compartido, grupos de trabajo, de lectura, en el cual los profesores, las familias y los bibliotecarios pudiesen intercambiar, modificar su propia relación con los libros y desarrollar hábitos de lectura, aunque también formarse literariamente; educación literaria que, no obstante, no daba cabida a excluir, sino al contrario, al “*placer*” o a la “*alegría*” de leer.

Inicialmente, dice Mercedes, no las inspiró ningún modelo:

12 “Leer juntos”, en *Cuadernos de literatura infantil y juvenil*, marzo de 2004.

13 Carmen Carramiñana y Mercedes Caballud, *Leer juntos: una complicidad con toda la comunidad educativa*.

“Fue una intuición más que otra cosa. Hasta entonces no había encontrado a ningún profesor que quisiera trabajar con familias y no sabía exactamente cómo saldría. Carmen lo propuso en su colegio y empezamos.”

AL PRINCIPIO, LA PREOCUPACIÓN ESCOLAR EN EL CENTRO

La preocupación manifestada por la educación de los niños era evidentemente una buena manera de reducir las prohibiciones que pesan en la lectura en un medio rural. Rosaura me escribe:

“Siempre recuerdo que cuando era niña, adolescente, leer un libro se entendía como ‘perder el tiempo’, había que estudiar o coser, que era útil, y durante los primeros años de ‘Leer juntos’ parecía que debía darme permiso yo misma para coger un libro y leerlo, aún a veces me pasa.”

Sin haber realizado investigaciones en España, creo arriesgarme mucho si digo que las prohibiciones o los miedos que me habían impactado en el campo, en Francia¹⁴ volvía a encontrarlos en este país: el miedo de pasar por perezoso al realizar una práctica cuya utilidad no está bien establecida y exponerse, al hacerlo, al qué dirán y a su propio sentimiento de culpabilidad; el temor, también, de ser tomado por egoísta si se da uno un tiempo para apartarse (mientras que en el medio rural se privilegian las distracciones colectivas); la transgresión que consiste en salirse de los lugares asignados para apropiarse de esa cultura escrita por mucho tiempo reservada a los que poseían los poderes: los notables y los representantes del Estado o de la Iglesia.

Al contrario, aquí estábamos en un marco en el que se valoraban la rentabilidad escolar, el compartir y la sociabilidad. También estábamos en un pueblo en el cual, treinta años antes, unos profesores anarquistas habían desarrollado actividades culturales e instalado una comisión de cultura en la alcaldía; una región donde los bibliotecarios anarquistas habían obrado a favor de la educación popular. Finalmente, Ballobar quizás no era el pueblo “ordinario” que parecía.

14 Véase Michèle Petit, Raymonde Ladefroux, *et al.* (1993), *Lecteurs en campagnes*, París, BPI/Centre Georges Pompidou.

De hecho, la idea fue muy bien recibida por la población y durante el año escolar 1993-94, fue la escuela primaria, que contaba aproximadamente con 120 niños, la que convocó a todos los padres para presentarles el proyecto; asistieron a la junta unas cincuenta personas. En los meses siguientes se constituyó un grupo más restringido, de aproximadamente veinticinco. Hoy día, once años después de su lanzamiento, unas treinta personas se reúnen de manera regular y la mayoría están ahí desde el origen.

El corazón del dispositivo es lo que llaman la Tertulia, reunión en la que se conversa. La tertulia se reúne en la noche, una o dos veces al mes, durante dos horas, en los locales de la biblioteca municipal, al menos fue así en la tertulia inicial, ya que al confrontarse con la dificultad de integrar gente nueva con el paso de los años, “Leer juntos” se multiplicó o se dividió. Y también se crearon grupos más articulados, uno con la escuela local y otro con una institución secundaria cercana, en otros horarios: “Leer-juntos infantil”, que se reúne cada semana en la biblioteca escolar, por las tardes, y “Leer-juntos secundaria” que se junta en la noche, en la pequeña ciudad vecina de Fraga.

En los tres grupos se encuentran los habitantes comunes, unos cuantos profesores y la bibliotecaria. Mujeres, esencialmente:

“La participación es mayoritariamente femenina en los tres grupos: en los centros educativos, dentro del horario escolar y con el alumnado, se implica el profesorado masculino, pero su participación en los grupos de adultos es escasa; algunos padres han participado asiduamente en ‘Leer juntos-Secundaria’; pero otros sólo acuden cuando hay una tertulia extraordinaria con algún escritor, cuando hacemos una salida cultural, al cineforum,... En definitiva, los hombres se implican poco.”¹⁵

Mujeres que, en la tertulia principal, original, hoy en día tienen entre 40 y 55 años, en su mayoría (mientras que las que participan en “Leer juntos-infantil” tienen entre 30 y 40 años). La tercera parte de ellas trabajan en la agricultura y en la cría de ganado, otro tercio en el comercio y la artesanía, y las demás se reparten entre empleadas, oficios relacionados con la salud (entre las que se encuentra un médico), jubiladas y

15 “Leer juntos”, en *La casa por el tejado*.

profesoras. Todas asumen, por añadidura, el oficio de “amas de casa”. La mayoría de ellas han seguido una enseñanza primaria, unas diez, estudios de secundaria y cuatro llegaron hasta la enseñanza superior. Las tres cuartas partes son originarias de Ballobar y todas son españolas, excepto una francesa instalada en el pueblo, el cual solamente cuenta con unos diez inmigrantes que llegaron recientemente de Bulgaria, Rumania y Ecuador.

La participación en la tertulia (y en los otros dos grupos) es libre, al igual que la toma de la palabra, y la lectura de los textos propuestos por las animadoras es facultativa. Si bien la tertulia no tiene un esquema definido la mayor parte del tiempo se dedica al comentario de libros leídos anteriormente de manera solitaria: dos o tres libros de literatura juvenil y un libro de literatura general, que circularon entre los participantes gracias a los préstamos inter-bibliotecas en el ámbito regional (que les permiten contar con varios ejemplares). La reunión consiste en un intercambio informal de comentarios sobre el tema, las ideas, la recepción (tanto la de los presentes como la de los niños en la casa, en el caso de la literatura para jóvenes) y la relación de los libros leídos con diferentes aspectos de la vida, aunque también –aspecto ausente en un principio y que se desarrolló después– sobre la técnica literaria, la calidad de la edición y de las ilustraciones. El análisis crítico se apoya en diferentes materiales: críticas de prensa, principalmente del suplemento literario de *El País*, entrevistas con el autor, emisiones de radio, etcétera, inicialmente aportados por las coordinadoras y después también por los participantes, y que en ocasiones se encontraron en Internet.¹⁶

En cuanto a las profesoras y la bibliotecaria, ellas hablan de la recepción que ha tenido el libro y de los comentarios que éste ha despertado. Son frecuentes los momentos de lectura compartida, en voz alta, de un poema, de un cuento o de un artículo, al principio o al final de la tertulia. Y, claro está, las conversaciones sobre temas que se refieren a la vida local, o la de unos u otros, que no ocupan más de la quinta parte del tiempo.

¹⁶ Además de las coordinadoras, unas cinco participantes cuentan, en el momento en el que estoy escribiendo este texto, con un acceso a Internet.

Algunos compromisos básicos fueron definidos por las coordinadoras: comprar un diario nacional el domingo, no obligar a los niños a leer, leerles una historia cada día, hablarles de libros, leer frente a ellos y ... tratar de alejar de ellos la prensa sentimental. Si bien “Leer juntos” funciona de manera muy flexible, es un campo en el que las coordinadoras son directivas y se encargan de elegir los textos que se llevan y discutirán. Un principio que ellas consideran esencial ha sido “rechazar facilidad y frivolidad” y “no rebajar en absoluto la calidad literaria” intentando seducir con textos “fáciles”. La selección que hacen siempre ha sido objeto de una gran atención y, en particular, eliminan los *best-sellers* que juzguen convencionales, la literatura de jóvenes de mediocre calidad o las adaptaciones de los cuentos clásicos. Se han elegido textos de dificultad progresiva, que ellas consideran de buena calidad literaria y que, además de ser “agradables, emocionantes o interesantes”, propiciarán “la expresión de opiniones y la reflexión sobre el mundo actual.” Obras de los siglos XIX, XX y XXI, en su mayoría, incluyendo también algunos “clásicos”.

Entre los escritores cuyas obras han sido leídas individualmente y después comentadas y analizadas durante la tertulia, encontramos, por ejemplo a Dickens (*Oliver Twist*), Huxley (*Un mundo feliz*), James (*Otra vuelta de tuerca*), Camus (*La Peste*), Javier Marías (*Corazón tan blanco*), Eduardo Mendoza (*El misterio de la cripta embrujada*), Nabokov (*Lolita*), Manuel Rivas (*¿Que me quieres, amor?*), Steinbeck (*Las uvas de la ira* y *La Perla*), etcétera —el único *best seller* ha sido *El perfume* de Patrick Süskind—. Otro ejemplo, se han privilegiado, para momentos de lectura compartida en voz alta, textos de Cortázar, García Márquez, Cesar Vallejo, poemas de García Lorca, Antonio Machado, Alberti, Cernuda, Miguel Hernández, aunque también obras traducidas, como los cuentos de Edgar Allan Poe, *Las Mil y una noches* o el *Decameron*.

Algunas veces se escuchan cantoautores. También se leen o analizan algunos artículos o ensayos sobre la lectura, que se eligen principalmente en revistas especializadas españolas o en publicaciones de la Fundación Ruipérez (del grupo editorial Anaya), que organiza cada año coloquios sobre la lectura.

Con el paso de los años se han ido configurando listas que, hoy en

día, han podido difundirse mucho más allá de Ballobar.¹⁷ Pues los vínculos creados no sólo se refieren a los padres, maestros y bibliotecarios del pueblo. Ya dije que me enteré de la existencia de “Leer juntos” gracias a un correo de México: de hecho, este grupo tiene una gran capacidad para insertarse dentro de redes, e incluso, de impulsarlas. A nivel provincial, esas redes conectan entre sí a los profesores, los bibliotecarios escolares, las personas comprometidas con la promoción de la lectura y las asociaciones. Y también a varias tertulias, pues unos diez grupos de lectura se han ido formando recientemente cerca del pueblo y han tomado el mismo dispositivo. Al interesarse en la creación, la difusión y la crítica de la literatura actual, las mujeres de “Leer juntos” también han buscado inscribirse de manera activa dentro de una red nacional (e incluso internacional) de los escritores, narradores, críticos, editores, investigadores e ilustradores que han pasado por el pueblo: “Cada uno de ellos abrió ventanas, dejó ideas y recuerdos; literalmente nos los bebimos”.¹⁸ Notemos de paso que esos visitantes en ocasiones estimularon prácticas culturales de aficionados, como la creación de espectáculos de cuentacuentos.

El grupo aspira a abrirse a una “cultura sin límites” y organizan también proyecciones de películas adaptadas de obras literarias, o conferencias sobre grandes temas como *El Quijote*, o escritores como Alberti, Pío Barroja, Cernuda, Bécquer, José Luis Sanpedro, y también sobre aspectos sociológicos como los premios literarios o las mujeres en la literatura; o sobre viajes culturales, a los que invitan a cónyuges e hijos, como la visita de una exposición sobre Goya en Zaragoza o la de un palacio en Guadalajara, etcétera.

Esa sed de cultura culta, “legítima”, podría sorprender a los investigadores franceses,¹⁹ que algunas veces se impresionan por la fuerte

17 En Francia, me impactó la demanda, recurrente en medio rural, de una lista de libros, que aligeraría la angustia de tener que elegir y de “equivocarse” (cf. *Lecteurs en campagnes*, op. cit., p. 140-141).

18 Cuadernos de literatura infantil y juvenil, art. cit.

19 Retomando las palabras de Claude Grignon y Jean-Claude Passeron (in *Le Savant et le populaire: misérabilisme et populisme en sociologie et en littérature*, París, Gallimard/Le Seuil/EHES, 1989), los mediadores del libro (¿y los investigadores?) serían más “populistas” en Francia y más “miserabilistas” en el mundo hispánico e hispanoamericano.

valorización de esta cultura en el mundo hispánico e hispanoamericano. En países donde la alfabetización se ha extendido recientemente y en los que dictaduras o regímenes autoritarios han impedido o limitado el acceso a los libros, a estos libros se les honra, incluso a la hora de la telenovela y de la “telerealidad”. Probablemente la calidad y la vitalidad de la producción literaria de lengua castellana expliquen también esa valorización. En el caso de España, hay que tomar en cuenta la importancia que la corriente anarquista le ha concedido siempre a la educación y a las bibliotecas, y su influencia en ciertas regiones (y tendríamos también que estudiar su influencia en México o en Argentina).²⁰

Si bien las prácticas de lectura siguen siendo claramente menos importantes en España y en América Latina que en Francia, al parecer la imagen, la representación de la literatura es más fuerte. Siempre me ha impresionado el hecho de que las manifestaciones en torno al libro reciban tantos visitantes y que ahí se conozcan tantas sorprendentes experiencias literarias compartidas, con fines de educación popular, de “formación de lectores”, como se dice en España o aquí, o, en espacios en crisis, con fines reparadores, de reconstrucción de la identidad personal y del vínculo social. Y como dije la semana pasada en el seminario organizado en el marco de la FILIJ, me dedico actualmente a reunir materiales sobre algunas de esas experiencias para analizarlas.²¹

UNA RELACIÓN DIFERENTE CON LA LECTURA

Acercas de los efectos de Leer juntos, me es imposible aportar elementos cuantificados. Indudablemente la lectura y la literatura entraron a la vida cotidiana de quienes frecuentan la tertulia, tal y como esta mujer que me escribe: “antes apenas leía, y ahora siempre ‘necesito’ tener un libro para leer en mi mesilla”; o esta otra: “de no haber

20 Véase el dossier “Anarquistas y bibliotecas” realizado por Ramón Salaberría en *Educación y biblioteca*, 11, 97, 1999, al igual que los artículos dedicados a Juan Vicens, por Ramón Salaberría y Blanca Calvo, en *Educación y biblioteca*, 12, 108, 2000.

21 Cf. Michèle Petit, “Leer & liar”, *Seminario Internacional organizado con motivo de la XXIV FILIJ*, en México, 15-19 noviembre 2004.

sido por esto, no habría leído ni la mitad de los libros que he leído”. La biblioteca municipal, cuyos fondos han crecido de manera importante, ha experimentado un aumento en el número de inscritos y de préstamos.

La literatura también entró a la escuela primaria —que es magnífica, lo señalo de paso— gracias a las mujeres que participaron a veces animando la lectura, y a los profesores que hacen que viva la biblioteca escolar (al no haber un profesional), y quienes han leído más libros y de mejor calidad que antes. Una de estas mujeres escribe:

“antes de estos diez años, para mí contar a mis pequeños un cuento resultaba algo aburrido, poco a poco he comprendido todo lo que envuelve a ese inicial compromiso del cuento de cada noche en casa, la tranquilidad, el afecto, la compañía y preparación al sueño que eso supone para mis hijo/a”;

y agrega:

“otra faceta que he descubierto en mí con ‘Leer juntos’ es mi capacidad como narradora de cuentos para el cole o en otras instituciones, incluso con público adulto, disfrutar los montajes, compartir las elecciones, los ensayos caseros muy espontáneos, sin vergüenza de hablar en público.”

En cuanto a la relación de los alumnos con la lectura —que inicialmente era el corazón del proyecto—, de acuerdo con ciertos puntos de vista, “Leer juntos” parece haber dado en el blanco. Particularmente en el medio rural, debido a la fuerza de las prohibiciones, el ejemplo de los padres es capital: bien lo sabemos, la mayor parte de los rurales que practican la lectura de libros han visto y oído leer cuando eran muy pequeños.²² Reconocemos que modificar la relación con la lectura de los padres y de los profesores puede tener efectos sensibles. En Ballobar hay padres que valoran actualmente la lectura y compran, en las ciudades cercanas, libros para sus hijos: posiblemente éstos dispongan del doble de obras que el promedio de los niños españoles.²³

22 Cf. *Lecteurs en campagnes*, op. cit., p. 195-200

23 Cálculo aportado por las coordinadoras.

Las prácticas sociales de lectura...

Los profesores de Fraga, donde van a seguir sus estudios de secundaria, comprobaron que los niños de Ballobar leen más que los niños que vienen de otros pueblos.

Más allá de esta “utilidad” escolar, algunas participantes mencionan que los libros les permiten sentirse más cerca de sus hijos y entenderlos mejor, y piensan también que facilitan el vínculo entre generaciones:

“Para mí los libros vuelven aquí a tener otro importante valor como nexo de unión a mi hija adolescente, ya que muchas veces a partir de ellos iniciamos otras conversaciones”.

Sin embargo, en otras familias se siente a los niños más reservados:

“Mis hijas no se han animado nunca como tampoco han participado en las actividades en que yo lo he hecho, de animación infantil, al menos para el público; sí me han ayudado a preparar alguna cosa en casa”.

Pero ¿no hay aquí una paradoja? Aunque reproducen gestos que vieron hacer a sus padres, los niños y más aún los adolescentes leen a menudo en contra de su familia y del mundo entero. En familias en las que los padres nunca prohibieron leer y en las que se les proponen libros a los niños, éstos experimentan la necesidad de apropiárselos, mostrando preferencias que indignan el gusto familiar o leyendo bajo las sábanas con la lámpara de bolsillo en la mano, para preservarle a la lectura su parte clandestina y transgresiva. Si todo el mundo se pone de acuerdo para que lean ¿acaso no correrán aún más hacia otros placeres? Aquí, pienso en particular en los varones, quienes con frecuencia —en Francia, por lo menos— rechazan los libros en la pubertad o cuando se acercan a ella. Con la feminización generalizada de los mediadores, en este pueblo y en muchos otros lugares ¿no se corre el riesgo de hacer que la lectura aparezca como poco compatible con el hecho de ser hombre? Pero ¿acaso podemos reprocharles a esas mujeres que no estén acompañadas por sus cónyuges?

Lo hemos visto, los hombres participan poco en las tertulias, son sólo cuatro o cinco los que acuden cuando hay un escritor. En revanche, son más numerosos cuando vienen los profesionales del libro,

con los cuales, al cabo de los años, el grupo ha establecido lazos de complicidad. Pero hay pocos en las redes asociativas y es con el grupo de mujeres de la asociación de padres con quienes comparten montajes para espectáculos de cuentos, y con la asociación de amas de casa de la ciudad cercana con la que mantienen relaciones privilegiadas, o con otras tertulias, que también reúnen, esencialmente, a mujeres.

Sin embargo, es excepcional que las participantes de “Leer juntos” se designen como tales, “mujeres”, y más bien recurren al término “madres” o “amas de casa”. Y si bien ellas deploran la ausencia de los hombres, son muchas las que insisten en el apoyo que reciben de sus propios maridos y probablemente les preocupa que alguien pueda sentirse excluido.

¿DE LA AMISTAD A LA DEMOCRACIA?

Hoy en día, los hijos de las mujeres de “Leer juntos” han crecido, y los libros y las amistades han permanecido. Y lo que se menciona con mayor frecuencia en los correos que he recibido es la riqueza de la sociabilidad a la que han dado lugar las tertulias, al igual que los encuentros con gente que viene de fuera. Tanto en las palabras de las iniciadoras del proyecto como en las de las participantes, la sociabilidad está en el centro; —y lo estaba desde el origen, a través del nombre mismo que fue elegido: “Leer juntos”—. La amistad, la complicidad, los afectos están explícitamente valorizados:

“Si los libros llenan las estanterías de la escuela y de mi casa, escribe Carmen, los afectos llenan mi corazón. Los libros han sido la excusa para hacer cientos de amistades. Eso nunca lo hubiera imaginado.”

Y ellas probablemente reivindican más fácilmente esta dimensión afectiva en tanto que son mujeres.

El programa parece haber contribuido mucho a mejorar las relaciones interpersonales, y a trascender el tiempo de la tertulia. Un mejoramiento que se marca también en los lazos entre los nuevos llegados y los antiguos habitantes, como sucedió con Margarita y su esposo (el

Las prácticas sociales de lectura...

único hombre que se aventura regularmente en el gineceo), que dejaron Barcelona el año anterior, después de su jubilación:

“ ‘Leer juntos’ nos ha proporcionado la oportunidad de conocer mejor y relacionarnos con estas mujeres llenas de vitalidad y ganas de vivir, y también de compartir, con honestidad, afecto y colaboración, todo nuestro bagaje y experiencia vital de nuestros años vividos en otro contexto muy distinto. Asimismo ha sido muy gratificante conocer a escritores, editores, ilustradores [...] y compartir juntos este espacio de libertad.”

Más allá de la amistad es un aprendizaje de la democracia y de la tolerancia lo que se menciona frecuentemente:

“Veo cómo personas que por diversos motivos podemos sentirnos “ideológicamente” o “políticamente” o “confesionalmente” distintas, nos entendemos y somos capaces de hacer muchas cosas juntas, sobre todo respetarnos y querernos” (Carmen).

Por otra parte, trabajar a favor de una democratización es lo que se reclama explícitamente en ciertos textos del grupo:

“ ‘Leer juntos’ es un ejercicio que no está exento de una ideología democratizadora en la que cada persona puede recibir pero también dar [...] Lo que importa es que se generan lectores abiertos a la escucha, a descubrir conocimientos, a cambiar actitudes, a contribuir a mejorar la calidad de vida del mundo rural o de otros mundos, favoreciendo el respeto, la justicia y la igualdad.”²⁴

Se reclama también en lo que dice Alegría, por ejemplo:

“La verdadera importancia de ‘Leer Juntos’ para mí, es que demuestra que otras formas de relación entre los seres humanos son posibles; pero es imprescindible que se den las condiciones y si no se dan, hay que crearlas [...] ‘Leer juntos’ demuestra que una biblioteca municipal puede ser un espacio de encuentro que engendra diálogo, comunicación, tolerancia, respeto, y a través de los libros y la literatura genera unos lazos afectivos entre las personas que de otra manera en Ballobar no se darían. [...] Me

²⁴ *Leer juntos, La casa por el tejado.*

he comprometido al cien por cien, porque ‘Leer Juntos’ (entre otros proyectos en Ballobar) me brinda la oportunidad de participar e influir activamente en el devenir de mi pequeño pueblo, de apoyar con generosidad y trabajo proyectos que considero importantes porque están pensados desde y con las personas [...] ‘Leer Juntos’ me sirve para tener la certeza de que otro mundo es posible y si no, que no sea por mí.”

En las cartas que recibí, vuelve el elogio de un dispositivo que permitiría tomar la palabra, ser escuchado, respetado y no temer expresar opiniones diversas y contrarias:

“Tantas opiniones unidas llegan a crear ese libro tan especial de ‘Leer juntos’ que quizás ya ni coincida con la idea original del escritor pero... hemos creado nuestro libro.” (Ana).

Varias mencionan una confianza en sí mismas que ha aumentado, así como su autoestima, el orgullo de pertenecer a un grupo reconocido actualmente en el ámbito nacional (“Leer juntos” ganó un premio en Madrid, algunas universidades se interesan en él, ¡e inclusive aquí en México!), y celebran haberse apropiado de textos de calidad, y de haber acogido a escritores. Una autoestima que recae, más ampliamente, en el pueblo.

Me es imposible apreciar cómo la tertulia ha sido percibida por todos los habitantes, y darme cuenta de los inevitables celos que puede haber despertado su funcionamiento y después su éxito. Pero lo que he podido observar es que muchos colaboraron en la preparación de las jornadas a las que fuimos invitados, y del banquete literario que marcó su cierre. Incluso, ese día, salieron una parte de los hombres...

En definitiva, más allá de las sociabilidades, esas mujeres trabajan a favor de otras maneras de construir una sociedad; inventan otras maneras de vivir juntos, en las que cada una y cada uno tendrían más voz en la materia tanto en la casa como en el espacio público. Aquí se trata realmente de la construcción de una sociedad democrática, de un proyecto político (en el sentido que le daba ayer Luis Bernardo Peña).

EL SINGULAR Y EL PLURAL

Carmen escribe: “Me pregunto si sólo nos quedaremos en los libros y sus tertulias, me pregunto: ¿conseguiremos transformar la sociedad? Y me respondo: me conformaría con que nos dejemos transformar un poquito a nosotras mismas, y deseo que esos cambios nos lleven hacia el horizonte, allí donde siempre estará la utopía.”

Si bien la prioridad que se da al compartir relega a la sombra lo que podría ser percibido como una “inquietud de sí mismo” mal percibida en el medio rural, aquí no estamos en un marco comunitarista que frena la expresión de las singularidades. En este grupo donde se encuentran mujeres dotadas de una fuerte personalidad, los libros, antes que nada, son objeto de una lectura solitaria y silenciosa, no lo olvidemos.²⁵ Sin que se hayan realizado entrevistas es difícil enfocar lo que pasa en esos momentos de retiro, apreciar si la relación con los textos es desenvuelta y desacralizada, pero al parecer la importancia dada a “la educación literaria” no impide que haya apropiaciones singulares. Por otra parte el proyecto reivindica actualmente entre sus objetivos tanto el “desarrollo personal” y la construcción de la identidad propia de los participantes, como el “desarrollo sociocultural”.

Algunas veces, se ha mencionado, en las cartas que recibí, cómo la lectura ha contribuido a simbolizar la experiencia personal, a elaborar el sentido. Pero si “en ‘Leer juntos’, se trabaja para la sensibilidad”, como lo escribe una mujer, aquí se siente un pudor: “las vivencias intensas, los sentimientos son difíciles de explicar para mí.” Sólo Isabel que acaba de pasar por una prueba dolorosa, menciona explícitamente la dimensión reparadora de la lectura:

“una lectura adecuada en cada momento nos ayuda a pasar la vida haciendo los problemas más pequeños y más llevaderos. El sumergirse en la lectura no quiere decir evadirse de todo, sino compartirlo, entrelazarlo con tus problemas, para que cuando dejes el libro y te encuentres con la realidad no sientas en el cambio que te falta algo.”

25 Ese es el caso de casi todos los grupos de lectura que se han desarrollado recientemente en España (cf. Blanca Calvo, art. cit.)

Finalmente, en una región en la cual el aislamiento en el que vivía la población rural no es tan antiguo, frecuentemente se expresa la idea de que gracias a ese espacio de libertad, ese espacio diferente, esos encuentros que abren hacia lo que está afuera, lo lejano,²⁶ se habrá vivido más intensamente la vida. Todas insisten en la importancia de los encuentros con escritores, con gente que viene de otros lugares:

“me acompañan con su recuerdo en muchos momentos y después de mucho tiempo que hayan pasado por aquí, recordándolos, siguiendo su trayectoria por prensa, siguiendo sus novedades, a veces hasta con nuevos encuentros, llegando casi a una relación personal íntima e intensa (...) me da pilas para continuar con mi vida y mis problemas; pues me renuevan, me animan, me abren puertas y caminos.”

Varios evocan esos recuerdos que “acompañan después de mucho tiempo”, en particular cuando llega la hora de envejecer: los libros permiten poder seguir “soñando con ese mundo que vamos perdiendo cuando los años nos van poniendo las canas”, como lo dice Ana. Y dejaré el final para Alegría, quien escribe:

“Cuando la distancia que da el tiempo repose las emociones, saborearemos en los recuerdos, quizás en una hermosa noche de primavera con una explosión de estrellas en el cielo de Ballobar, las buenas personas que hemos conocido, los buenos ratos que hemos pasado, los buenos libros que hemos leído y lo mucho que hemos compartido. En fin, no sólo habremos envejecido, sino que habremos añadido mucha vida a nuestros años.”²⁷

Muchas gracias.

26 Véase Michèle Petit, “Elogio del encuentro”, en *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, México, Fondo de Cultura Económica, Coll. “Espacios para la Lectura”

27 Alegría Sanz, en *41 ideas para reflexionar sobre libros, escritores, bibliotecas, escuelas, grupos de lectura...* en la cena de celebración de los 10 años de “Leer juntos”, Ballobar, mayo de 2003.